

Jorge Millas

LOS FUNDAMENTOS DE LA CULTURA CRISTIANA. Santiago: Universitaria. 1960

(Incluido en *Ensayos sobre la historia espiritual de Occidente*)

“Puede quizás parecer extraño que unas enseñanzas tan diáfanas como las de Jesús, hayan requerido de aparatos teológicos y puntales dogmáticos. ¿No apelan ellas, acaso, a la benevolencia del ánimo, a la pureza de corazón, a la sencillez del espíritu? A los pobres de espíritu contó Jesús, en efecto, entre los bienaventurados del Sermón de la Montaña, y no a los doctores de la Ley, a quienes, por el contrario, le placía confundir. Sus pláticas y parábolas no exponen ciencia alguna, ni siquiera la del bien. Sólo intentan despertar las conciencias dormidas, sacar al hombre de la pereza moral a que comúnmente se abandona”. (Pág. 167)

“Del Sermón de la Montaña al Símbolo de Nicea hay toda la distancia que va de la vida moral concreta al pensamiento abstracto. El cristianismo ha triunfado sobre la civilización pagana, plegándose a la vocación de Occidente en sus dos modos de ser: al organizarse como Iglesia, aceptó el llamado político y se convirtió en voluntad de poderío; al sistematizarse doctrinariamente, aceptó el reto intelectual y se convirtió en Teología. Pudo así, no sólo asimilarse al medio espiritual de Occidente, sino que transformarse, además, en principio dinámico de una nueva cultura”. (Pág. 176)

Leszek Kolakowski

SI DIOS NO EXISTE. Madrid: Tecnos. 2012

“Desafiante y orgullosamente, el cristianismo opuso, en el mensaje de San Pablo, la inquebrantable certeza de los simples, su *stultitiam praedicationis*, a la mundana confianza que los sabelotodo alejandrinos y romanos tenían de sí mismos. Pronto, sin embargo, tuvo que hacer frente al desafío intelectual; para conquistar a la élite urbana culta tuvo que asimilar el arma de la Razón natural; y el cristianismo, tal como se ha desarrollado desde el fin del siglo II y tal como lo conocemos ahora, es el resultado del encuentro entre dos civilizaciones, un doloroso compromiso entre Atenas y Jerusalén. El compromiso no ha sido nunca enteramente afortunado y la historia intelectual de la Iglesia está plagada de incesantes intentos de recusarlo desde uno y otro lado. Sin embargo, la Iglesia ha desplegado una admirable habilidad para impedir que se abriera una brecha excesivamente ancha entre se esfuerzo intelectual y su fundamento en la fe”. (Págs. 60-61)